

CENÁCULO DE LA AUTOCRÍTICA Y LA CRÍTICA LITERARIA

SAÚL ROSALES

Una tarea naturalmente complementaria del taller es la de ser generosa fuente de cultura literaria que ubica al tallerista en las épocas, las teorías, las geografías y las nóminas de la literatura; donde la vida literaria es precaria, el taller es importante afluente de noticias bibliográficas.

23



El taller de creación literaria es la escuela informal donde el asistente puede construirse como sutil oficiante, productivo alarife o combativo guerrero de la palabra que sirve de materia prima a la vocación estética, no de la palabra de otros oficios de la humanidad. Es informal porque no entrega acreditaciones en pergamino ni en tarjetas de plástico y porque sus tareas no se someten al rigor de plazos ni programas. El taller es, o debe ser, un centro de iniciación en el fuerte compromiso con el oficio de escritor.

Lo mejor que da el taller de creación literaria al participante es el filo de la autocrítica valiente e implacable y el tino crítico obtenido en la esgrima racional, es decir en la confrontación de percepciones impresionistas y apreciaciones de madurez teórica que se ejercen en su seno balanceadas por el conductor. La crítica limpia y la autocrítica severa son de las mejores herramientas que se manejan en el taller de creación literaria.

Por lo demás, la práctica de la crítica y la autocrítica en la colectividad del taller, es decir, la vida misma del taller, es sólo la introducción a la formación autodidacta que el participante debe adquirir en sus lecturas a solas con los autores. Los libros frecuentados por el tallerista como fuentes de enseñanza de las formas –no sólo como fuentes del placer de la lectura– y abrazados por él como herramientas en las dialécticas del taller se le revelarán como sus mejores maestros.

Por supuesto, estamos pensando en el participante ideal del taller, aquel que respondió con brevedad y firmeza “quiero ser escritor”, cuando





le preguntamos qué lo había llevado al cenáculo. Quienes no contestan así ni con una variante de igual significado acaban desertando pronto a causa de que el taller supone que para el tallerista la creación literaria es una pasión, no un jobi, y sin pretenderlo lo "acosa" con "exigencias" que son superiores a su interés superficial, postizo o pasajero.

Porque a los talleres llegan presuntos interesados llevados por su afán de "superación personal", taekwondoinos e intelectuales pragmáticos que aun sin el taller acaban bien colocados en otros oficios; también llegan quienes buscan una cobija social porque no se han adaptado a otros grupos u oenegés, prófugos de *toastmaster* y oradores de la secu; otros que han pergeñado pocas o muchas cuartillas y sólo van para que les confirme su talento quien ya disfruta de la gloria municipal y, en fin, otros que, ilusos, creen que se tasa en euros el producto de su espontaneísmo creativo reproducido por su computadora. Para el tallerista no ideal es difícil entender que la literatura es un fin, no un medio.

El taller de creación literaria puede ser para muchos el muro infranqueable, el telón del fracaso y, quizá, el estribo que cuelga de la buena estrella para otros, mientras les ayuda a todos a abrir la puerta del propio estilo, a la vez que adiestra en el uso del esmeril y la lija a quienes ya disfrutaban de su identidad creadora.

Una tarea naturalmente complementaria del taller es la de ser generosa fuente de cultura literaria que ubica al tallerista en las épocas, las teorías,

las geografías y las nóminas de la literatura; donde la vida literaria es precaria, el taller es importante afluente de noticias bibliográficas. Tanto quienes tienen "talento natural" para la palabra como quienes lo gestan y lo desarrollan con su esfuerzo necesitan la cultura de su oficio, el contexto que aportan a la tarea de escribir la historia profunda de la literatura y los dilatados horizontes de su época. En el taller se evidencian como imprescindibles las miradas a los clásicos y los escudriñamientos a los contemporáneos.

La Laguna puede servir para ejemplificar la significación cultural de los talleres literarios. A esta comarca la señala con dedo olímpico la presencia de una cantidad considerable de sus escritores en el directorio nacional, la mayoría de ellos iniciados en talleres que funcionaron o que están funcionando en la región. La historia de la literatura determinará el lapso de su permanencia en el directorio pero por lo pronto sus nombres alargan la lista de los escritores mexicanos contemporáneos.

